

INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA

Caracterización del saber filosófico y su relación con las ciencias particulares

Para aproximarnos a la comprensión de la peculiaridad del saber filosófico y su relación con las ciencias particulares, recurrimos al texto de Josef Pieper (1976) *Defensa de la Filosofía*, Barcelona, Editorial Herder, Capítulo I.

Ante la pregunta ¿Qué es la filosofía?, es preciso considerar en primer lugar que se trata de una cuestión disputada, es decir, que admite diversos puntos de vista, apreciaciones y valoraciones, a las que es necesario tener en cuenta para comprender su peculiaridad.

El esquema del texto es el siguiente:

- 1) Concepto de Filosofía.
- 2) Objeciones al saber filosófico
- 3) Respuestas a las objeciones.

1) Concepto de Filosofía

“Filosofar significa reflexionar sobre la totalidad de lo que nos aparece, con vistas a su última razón y significado. Además, este filosofar, así entendido, es un empeño razonable e incluso necesario, del que no se puede en modo alguno dispensar el hombre que verdaderamente vive en el espíritu o, sencillamente, piensa” (Pieper 1976. p.12)

En la primera parte de este concepto se afirma que filosofar es reflexionar *sobre la totalidad de lo que nos aparece*. Es decir que el objeto de la filosofía es todo lo que existe y se presenta ante los seres humanos. Es un saber de la totalidad, que no excluye a ninguno de los seres del universo. Es el cielo estrellado, los ríos, las montañas, los océanos, las plantas, los animales, el microcosmos, el macrocosmos, las dimensiones que constituyen al ser humano – corporeidad, lenguaje, cultura, intesubjetividad, historicidad, espíritu, razón, conciencia moral, libertad, religiosidad, relación con el infinito- en fin, toda la realidad que se presenta ante la experiencia humana, la que suscita el *asombro* que da origen a la filosofía.

Aquí se encuentra la primera distinción de la filosofía con las ciencias particulares, pues cada una de éstas tiene como objeto una porción de la realidad, una parte. Por ejemplo: La biología estudia a los seres vivos y su ambiente, la física a los fenómenos físicos, la psicología a la personalidad y la conducta humanas, la sociología a la sociedad, la historia al pasado de los seres humanos, etc. Todas ellas realizan un recorte de la realidad para realizar un estudio de su objeto particular y prescinden de todo lo demás.

En segundo término, Pieper afirma que filosofar significa que la reflexión sobre la totalidad de lo que nos aparece se realiza *con vistas a su última razón y significado*. He aquí otra diferencia con las ciencias particulares. El dominio de éstas se ubica en la experiencia humana explícita, expresada a través de los hechos definidos y en la inmediata coordinación de los mismos por medio de leyes. El objeto de las ciencias particulares consiste en el estudio de la diversidad de los fenómenos y de su síntesis. De este dominio de lo relativo o fenoménico, sobre el cual poseen las ciencias particulares

una competencia exclusiva, se distingue el objeto específico del saber filosófico que trasciende la inmediatez de los fenómenos para buscar su *última razón y significado*.

Mientras el filósofo busca las razones absolutas de la realidad, el científico se preocupa por el establecimiento de las relaciones puramente fenomenales entre las cosas. La filosofía tiene como objetivo esclarecer las causas o razones fundamentales de las cosas, en tanto que las ciencias particulares renuncian a este conocimiento para concentrarse en obtener explicaciones causales de las variaciones fenoménicas. Estas ciencias no buscan el “por qué” último de las cosas sino el “cómo suceden los fenómenos”. La investigación que otorga la respuesta a la pregunta que inquiere por el fundamento último de lo real no es el objetivo de las ciencias particulares, ni está en manos de su método el poder otorgarla.

Se puede afirmar entonces que la mencionada *totalidad de lo que nos aparece* propia del saber filosófico no consiste en la sumatoria de los saberes de las ciencias particulares – que se ha dado en llamar enciclopedia- pues cada ciencia y la enciclopedia como suma de ellas, estudia sus propios objetos por sus causas o razones inmediatas, propias e inmanentes a ese sector de la realidad. La filosofía, en cambio, estudia su objeto por las razones últimas. Cada ciencia parte de unos postulados o axiomas que no demuestra, y ateniéndose a ellos trata su objeto. La filosofía debe traspasar esos postulados científicos y llegar a una visión coherente de todo lo que existe por sus razones más profundas.

2) Objeciones al saber filosófico

A partir del concepto expuesto, Pieper presenta los cuatro reparos u objeciones al saber filosófico que se pueden encontrar en las expresiones del pensamiento de muchas personas a lo largo de la historia y en la actualidad.

- a) La filosofía no tiene un objeto claramente circunscripto. Cuando se pregunta ¿qué es la psicología?, ¿qué es la sociología?, ¿qué es la física?, etc, comienza siempre la respuesta con estas palabras: “La psicología (y así sucesivamente) es la ciencia de....” Y aquí se dice que cultivar la filosofía es lo mismo que preguntar, examinar una cuestión, reflexionar sobre algo; es decir, que su objeto no es preciso, sino que consiste en hacerse preguntas que no tienen respuestas.
- b) A la caracterización de la filosofía como un saber que procura conocer la última razón y significado de la totalidad de la realidad, la segunda objeción afirma que no existe en absoluto ese misterioso objeto referido a una razón “oculta de la realidad”, sino que todo se reduce a los fenómenos que se pueden conocer mediante las ciencias particulares. “Todo se reduce a superficie; todo es accesible al hombre”, por lo que es una aberración preguntar por una “raíz” de las cosas, y sobre todo por su “última razón y significado”.
- c) La tercera objeción reza así: La única manera posible de captar la totalidad de lo que se nos presenta es la cooperación de las diferentes ciencias particulares. Esta cooperación orientada a esclarecer la totalidad de la realidad está en marcha desde hace milenios, pues cada investigador, restringiéndose con sobriedad y crítica, se integra en el proceso del esfuerzo por conocer que se propaga con la división del trabajo; cada ciencia formula un aspecto particular y concreto; cada una se fija en una exigua sección del mundo, pero con la mayor exactitud posible.

- d) El hecho de filosofar puede ser posible y hasta interesante y apasionante, pero no solo no sirve para nada, sino que impide cuidarse de lo que interesa a la vida cotidiana. Y así es desatinado, y sobre todo perjudicial.

3) Respuestas a las objeciones

- a) A la objeción que afirma que el objeto de la filosofía carece de precisión al ser caracterizada como un preguntar, examinar, reflexionar sobre asuntos acerca de los cuales no hay respuestas, en primer término, dice Pieper, es necesario aclarar que la mencionada caracterización “no es una formulación provisional, como redactada en borrador, sino que más bien tomamos al pie de la letra lo afirmado; filosofar consiste en preguntar, en discutir preguntas, en reflexionar sobre una sola pregunta. ¿Pero no se da respuesta a esta pregunta? O por lo menos, ¿no apunta ya el preguntar a una respuesta? ¡Naturalmente! De lo contrario, no sería realmente preguntar... Ahora bien, si por respuesta se entiende una información que satisfaga la pregunta y la aquiete, y en razón de la cual debiera cesar en sus preguntas el inquiriente, en este caso, pues, de hecho la pregunta del que filosofa queda sin respuesta. Pero entonces, ¿cómo se podría esquivar la conclusión de que filosofía y filosofar son -por no decir más- un empeño que apenas si se puede justificar, y en todo caso algo que no tiene nada que ver con la ciencia, con el esfuerzo por conocer y con la búsqueda de la verdad?

[...] Así habla el hombre que solo se fija en lo empírico, que quiere mantenerse próximo a la realidad experimentable y quiere mantenerse al margen de cuestiones que se salen de ella.” (pág. 14-15)

Sin embargo, no es verdad que no haya respuestas a las preguntas de la filosofía, pues desde sus inicios en el siglo VI a.C. hasta nuestros días, los grandes pensadores han dado respuestas a los interrogantes sobre el principio que da origen de todas las cosas, el hombre, el alma, la muerte, la verdadera realidad, el conocimiento, la verdad, la existencia de Dios, la belleza, la justicia, la felicidad, la ética, el derecho, el lenguaje, la sociedad, el Estado, etc. Con seguridad, quien formula la objeción dirá que estas respuestas no son *únicas* sino muchas, diversas y hasta opuestas entre sí, a lo que agregará que tampoco son *definitivas* puesto que siempre será posible profundizar, enriquecer, corregir y buscar nuevas. Y efectivamente, las respuestas que los filósofos formularon a sus preguntas no son únicas ni definitivas porque la realidad es un misterio siempre más grande que la capacidad humana para conocerla, como dice Shakespeare en Hamlet “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que en tu filosofía” (acto I, escena V), es decir, *siempre* habrá más cosas en la realidad que en nuestra percepción y nuestra concepción de la realidad. Por esta razón, la filosofía debe tener la profunda humildad de ser un intento completamente abierto de par en par a la realidad y deseo de adecuarse, de ser completado y corregido.

Entonces, la crítica que se formula al filósofo como alguien “incapaz de dominar su ansia de saber” coloca el acento en algo cierto, porque el deseo humano de conocer es insaciable, dado que cuanto más se conoce más se quiere conocer, solo que no es algo negativo, sino inherente a su naturaleza y por ende algo que lo enaltece, que lo hace plenamente hombre. Por este motivo, Platón compara al que filosofa con el que ama, y dice que está “fuera de sí” debido a la sacudida que le produce el espectáculo maravilloso mundo.

Algo más sobre la descalificación de las respuestas por no ser únicas y definitivas. En realidad, las respuestas de las ciencias particulares tampoco lo son. No son únicas, como lo atestiguan las discusiones que existen entre científicos que pertenecen a distintas corrientes de pensamiento, escuelas o paradigmas, tanto en las ciencias experimentales como en las humanísticas; y mucho menos definitivas, puesto que ningún científico clausura las investigaciones por considerar que todo lo que se puede conocer ya ha sido descubierto y demostrado. Por el contrario, como decía Einstein “Quien no admita el carácter insondable del misterio tampoco puede ser un científico”, es decir, que lo caracteriza al científico es el compromiso profundo y abierto a la investigación de cualquier fenómeno o circunstancia.

Entonces, si el hecho de que las respuestas no sean únicas ni definitivas no descalifica ni invalida a las ciencias particulares, tampoco puede considerarse una objeción que reste valor al saber filosófico.

- b) Ante la segunda objeción, según la cual solo existe lo que aparece, los fenómenos, hay que considerar en primer término que es la convicción fundamental de todos los *positivismos* y *cientificismos*, que reducen todo el saber válido al ámbito de las ciencias particulares.

La afirmación de que solo existen los fenómenos, lo que aparece, lo que puede ser observado, experimentado, medido por el ser humano, no puede ser probada mediante el método de las ciencias particulares, porque se trata de una proposición de orden filosófico que requiere argumentaciones que trascienden lo experimentable. Paradójicamente, los positivistas, los materialistas, los científicistas, que critican y descalifican el saber filosófico, realizan afirmaciones que requieren adoptar posiciones filosóficas para fundamentarlas.

Por otra parte, es necesario preguntarse acerca de las consecuencias del uso reductivo de la razón que caracteriza al científicismo. Cuando la legítima autonomía de las ciencias se extralimita y se separa de los otros saberes, erigiéndose en norma absoluta, puede orientarse peligrosamente hacia un estado de opresión humana. Todos los extraordinarios y admirables adelantos científicos y tecnológicos si son separados de los saberes relacionados con los interrogantes últimos de la totalidad y el sentido de la realidad y del ser humano, podrían volverse en instrumentos sutiles y eficaces de una nueva e inédita barbarie.

La ciencia es un saber auténtico y ofrece explicaciones reales, pero no es el saber total e integral. No existe una adecuación perfecta entre fenómeno (estudiado por la ciencia) y realidad total. La mirada de las ciencias particulares solo abarca una región del reino de lo inteligible, por lo tanto, no es razonable querer aplicar sus conclusiones a todo el campo de lo real.

- c) El contenido de la tercera objeción expresa el reconocimiento de la necesidad de un saber de la totalidad, y cada ciencia particular hace un recorte y estudia una parcela de la realidad, por lo que no puede brindar explicaciones acerca de esta totalidad. Quien formula el reparo entonces, sostiene que este saber se alcanza mediante la cooperación entre las ciencias particulares.

A esta objeción es necesario responder que, así como el todo no es igual a la suma de las partes, el saber de la totalidad no se logra mediante la sumatoria de los saberes parciales.

Este modo de argumentar supone que si las ciencias particulares se reparten la realidad en sectores diversos, el conjunto de las ciencias estudiará la realidad entera; y que, por otra parte, si cada ciencia se hace cargo de un sector de la realidad y todos los sectores tienen su correspondiente ciencia, no quedará ningún objeto posible para otro saber de carácter filosófico.

Para hacer evidente la falacia de esta argumentación, resulta provechoso distinguir entre el objeto material y el objeto formal de la ciencia. Objeto material es aquello sobre lo que trata la ciencia. El objeto material del conjunto de las ciencias particulares, llamado enciclopedia, coincide con el de la filosofía: la totalidad de las cosas. El objeto formal, es el punto de vista o la perspectiva desde la que una ciencia estudia su objeto. Así, por ejemplo, la antropología, la psicología, la anatomía, la fisiología, la sociología tienen el mismo objeto material (el hombre), pero se distinguen entre sí porque cada una de ellas lo hace desde un punto de vista diferente, que es el de su objeto formal.

Así las cosas, la colaboración entre las ciencias particulares, la multidisciplinariedad y la interdisciplinariedad, son muy provechosas y necesarias para comprender la complejidad de realidades que requieren ser estudiadas por varias disciplinas científicas interrelacionadas; sin embargo, si en esta colaboración entre las ciencias particulares queda excluido el saber filosófico, como se sostiene en la objeción, no se logrará traspasar el ámbito de lo fenómenos que pueden ser conocidos por el método utilizado, por lo que no se alcanzarán los fundamentos y sentido últimos, que corresponden al objeto formal de la filosofía. Por ejemplo, la pregunta ¿qué es el hombre? no puede ser respondida cabalmente mediante la sola colaboración entre la biología, la psicología, la sociología, la historia, la economía, y las demás ciencias que estudian al ser humano. Si se excluye al saber filosófico la respuesta a la mencionada pregunta acerca del hombre quedará reducida a distintos aspectos particulares del ser humano y su interrelación, pero la totalidad y el sentido quedarán marginadas de la indagación.

- d) La cuarta objeción alude a la razón de ser de la filosofía como un saber razonable y necesario para el hombre que vive en el espíritu o sencillamente piensa, afirmando que, buscar la última razón y significado de la totalidad de la realidad puede ser interesante y hasta apasionante, pero es inútil, perjudicial y desatinado, porque quien filosofa emplea su tiempo, su energía y su talento en asuntos abstractos, y esto le impide ocuparse de resolver los problemas de la vida cotidiana.

La lógica que subyace a esta objeción supone que mientras la filosofía provoca una evasión de la realidad, las ciencias particulares se ocupan de estudiarla, de investigar como transformarla en vistas al progreso y la resolución de los problemas concretos de la humanidad. Por ejemplo, los conocimientos de la medicina, la genética, la física, la biología, la química, la psicología, la informática, etc., hicieron posible que a lo largo de la historia se logre el aumento de la producción de bienes, la prevención y el tratamiento de las enfermedades, el mejoramiento de las comunicaciones y del transporte, entre otras tantas transformaciones que están a la vista. ¿Quién puede negar que los avances de la ciencia y la tecnología han derivado en beneficios a la humanidad?

El ya mencionado cientificismo del que emerge la objeción a la filosofía que aquí analizamos, sostiene que el avance de las ciencias particulares permitirá responder todas las preguntas

que se hace el ser humano, y el progreso de la tecnología posibilitará resolver todos sus problemas, y por esta razón descalifica al saber filosófico como inútil y perjudicial.

Si este argumento fuera razonable, deberíamos poder constatar que los extraordinarios y admirables avances de la ciencia y la tecnología que se producen con una velocidad vertiginosa, se encaminan a resolver las preguntas y los problemas de la humanidad. Pero, no es esto lo que sucede en la actualidad, sino que los interrogantes últimos se han tornado más agudos y los problemas más acuciantes.

Así por ejemplo, en los tiempos presentes existen suficientes conocimientos científicos y recursos materiales y tecnológicos para que todos los seres humanos que habitan la tierra estén bien alimentados, pero millones de ellos padecen severas hambrunas. Y el mismo fenómeno se puede comprobar respecto del acceso al agua potable, a la vivienda, a la salud, a la educación, al trabajo digno, a la tierra, etc.

En todos estos casos, la causa por la que persisten estos gravísimos problemas no es la carencia de conocimientos o de avances científico- tecnológicos, sino de una sabiduría acerca de la última razón y significado que contribuya a esclarecer los fundamentos, los fines y los valores de la existencia humana y de toda la realidad.

Es un hecho evidente que al progreso inmenso de la ciencia no ha seguido necesariamente un progreso idéntico en el orden la conciencia humana o moral y de la convivencia pacífica entre los pueblos. Romano Guardini ha expresado de manera concisa el estado de las cosas con la frase “ El hombre posee un poder descomunal, pero su desgracia consiste en no tener ese poder en su poder”¹. Es indudable que la adquisición de un poderío espiritual, o la presencia de un “alma” capaz de vivificar el cuerpo excesivamente agrandado de la actual humanidad, no puede otorgarla las ciencias particulares, pues no tienen acceso al saber que logre dilucidar el destino humano.

Si reflexionamos acerca de las preguntas más importantes que puede formularse el hombre acerca de sí mismo y de toda la realidad, sin lugar a dudas, serán enunciados interrogantes como: ¿Cuál es el significado último de la existencia? ¿Por qué existe el dolor y la muerte? ¿Qué hay más allá de la muerte? ¿Por qué vale la pena realmente vivir? ¿De dónde venimos, hacia dónde vamos? ¿Qué es el hombre? ¿En qué consiste la felicidad? ¿Es posible ser felices? ¿Qué significa amar? ¿Qué valor tiene el otro? ¿Puede el hombre conocer la verdad? ¿Qué es la verdad? ¿Cómo distinguir lo bueno de lo malo? ¿Existen criterios universalmente válidos para determinar lo bueno y lo justo? ¿Por qué hay tanta maldad y tanta injusticia? ¿Cómo puede explicarse el origen, el orden y la finalidad del universo, del microcosmos y del macrocosmos? ¿Existe Dios? ¿De qué y para qué está hecha la realidad? ¿Por qué hay ser y no, más bien, la nada?

Estas preguntas arraigan en el fondo del ser humano, son *inextirpables* porque en su razón y en su corazón hay una exigencia indestructible de buscar y de encontrar el significado último de sí mismo y de todo lo que existe. Los innumerables intentos de vaciamiento y de reducción de estos interrogantes tienen como resultado la *alienación* del ser humano. Por esta razón dice Pieper al comienzo de este texto que filosofar es un empeño razonable y necesario del que no se puede dispensar el hombre que vive en el espíritu o, sencillamente piensa. En efecto, en la vida cotidiana y de modo constante todas las personas deben

¹ Guardini Romano (1952) *El ocaso de la edad moderna*. Paris, Ed. Du Seuil, pág. 100

analizar lo que les sucede, actuar, tomar decisiones, en las que de manera implícita o explícita dan respuestas a los interrogantes últimos, porque juzgan las cosas adoptando unos criterios y no otros, actúan y toman decisiones basadas en ciertas concepciones del hombre y de la realidad. Por ejemplo, los padres toman decisiones relevantes en relación con la educación de sus hijos y ellas presuponen un modo de comprender al hombre y el sentido de la realidad; lo mismo sucede, con el modo de participar en la vida ciudadana, de vivir el trabajo, de considerar la familia, la política, la relación con la naturaleza, con la belleza, etc.

Si por cualquier motivo se renuncia a buscar el significado último de la existencia humana y de toda la realidad, se concluye cediendo a quienes detentan el poder la facultad de pensar y decidir sobre los asuntos fundamentales de su vida, puesto que las personas que abdican del empeño por tener criterios personales fundados respecto de los aspectos centrales de su existencia acaban pensando y actuando como lo hacen las mayorías, las modas, los influyentes del momento, en fin, como quiere el poder de turno. Al hombre que no piensa por sí mismo se lo puede manipular con facilidad, y esto es lo que pretendieron los poderosos de todos los tiempos.

Por ejemplo, en la novela distópica *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, escrita en 1932 se describe una sociedad futura en la que están resueltos los problemas sociales y el comportamiento de sus miembros está completamente programado por el estado. Aunque los integrantes de este “mundo feliz” disponen de todos los logros extraordinarios de la tecnología, no piensan por sí mismos ni deciden libremente lo que quieren ser y hacer con sus vidas. El Estado lo hace por ellos. El Gran Controlador, que es quien representa el poder omnímodo del Estado, dice en un pasaje del texto: “La filosofía no es buena para esta sociedad”, precisamente porque, desde sus orígenes, la filosofía, que es *amor a la sabiduría*, es un saber que procura encontrar los fundamentos de todas las cosas, la última razón y significado, y por ello, no cede a ningún poder la facultad de pensar y de decidir libremente que es inherente al ser humano.